
THE SILENCE
BEFORE THE BANG
Action without noise.
Ferdinando

WALL STREET: EL SILENCIO ANTES DEL ESTALLIDO

Todo comienzo genera entusiasmo. Lo desconocido no se mueve hacia nosotros. Somos nosotros quienes nos movemos hacia ello. Es una sensación hermosa. La adrenalina, la dopamina y toda su familia nos impulsan hacia adelante con una convicción sin esfuerzo. Quedan momentos pequeños, íntimos, todos nacidos del mismo propósito. No siguen una tendencia, un patrón ni un formato. Lo crean.

Después llega la expectativa de resultados. Es una consecuencia natural de la acción. El sacrificio, el esfuerzo y el tiempo invertido siempre parecen pedir algo a cambio. A veces el resultado se anuncia mediante el ruido: ese espacio donde las cosas han producido un efecto visible. Otras veces llega mediante el silencio: ese espacio donde las cosas han producido igualmente un efecto, pero sin hacernos conscientes de ello. Pueden parecer idénticos. No lo son.

El ruido genera voces, críticas, palabras, señales sociales, declaraciones y manifestaciones. El silencio produce los mismos movimientos, solo que lejos de nuestros ojos. Sin embargo, el terreno común entre estos dos mundos suele ser una sola cosa: el dinero. Aparece de muchas formas. Una entrevista. Un anuncio. Una convención. Pero la más concreta, la menos simbólica y la más extendida sigue siendo la transferencia bancaria. Capaz de generar tanto bienestar como malestar, aunque casi siempre con efectos temporales.

Y allí estaba yo, en una noche de agosto cálida y húmeda, habiendo decidido ya irme a la cama. ¿Qué hice en cambio? Me levanté de un salto, fui hasta mi escritorio, abrí el ordenador y empecé a escribir esta reflexión. ¿Pero por qué? No tengo proyectos, expectativas ni ambiciones. Vivo de lo que ya es mío, y con eso basta. No espero cambiar mi vida. Y doy gracias a Dios cada día por mantener encendidas las luces sobre el escenario de mi propia existencia.

¿Y entonces qué pasó? Acababa de revisar los datos de tráfico de mi sitio web. Hay cierto placer en ver cuántas personas lo visitaron, de qué países venían y qué páginas exploraron. Todo esto sabiendo que no buscaba una compra. Porque había elegido no vender literatura. No monetizarla. Los hijos de Bezos ya hacían ese trabajo. Nunca fue el mío.

En los últimos días, la web había registrado una caída del 80 por ciento. Un desplome general. Ninguna conversación. Ningún correo electrónico. Ninguna señal externa. Solo quedaba el silencio. Un silencio que hablaba. Un silencio que anunciaba una detonación. Los terremotos me habían enseñado esa lección. Y la naturaleza rara vez se equivoca. Pero yo no estaba preocupado. Simplemente estaba lleno de sonrisas y reflexiones, consciente de lo que estaba a punto de sucederme. Era el silencio antes del estallido.

Para muchos, fue ruido sin acción. Para mí, fue acción sin ruido. Entonces, al amanecer, alguien llamó a la puerta. No era un mensajero. Era una carta. Sellada con lacre rojo. El remitente era

simple: DINAMITA. Pero se la devolví al remitente. Yo solo esperaba los estallidos. No aspiraba a tanto.

Ferdinando